

F.1306

.5

B43

v.3



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

CRONICA
DE LA PROVINCIA DE SAN PEDRO Y SAN PABLO
DE MICHOACAN.

PRIMERA PARTE.

LIBRO I.

De lo que fué en sus principios la Provincia de los gloriosos apóstoles San Pedro y San Pablo de Michoacan antes de ser Custodia separada, y de sus primeros fundadores.

CAPITULO I.

CÓMO SE DESCUBRE EL REINO DE MICHOACAN.

AÑO DE 1522.

La seráfica Provincia de S. Pedro y S. Pablo de Michoacan; primicias con que la pequeña franciscana grey prosigue dando mediante el fervoroso celo de sus individuos tantas almas á Dios y demostrando su lealtad y amor á la monarquía de España, en los anchos senos de esta América septentrional, fué parto feliz y primogénita de la del Santo Evangelio de México, de esta fecunda observantísima madre, academia de ingenios gran-

002907

des, teatro de virtudes famosas y espejo de santidad excelente; la formó la Divina Providencia, cual otra Eva de Adam, de sus propios progenitores, extendiendo por su medio los dominios de la religion cristiana. Procuró en todos tiempos imitarla en su agigantado espíritu, y émula gloriosa de su apostólico celo, enarboló desde sus principios á millares los estandartes de la fe, sujetando á Dios y al Rey espesas tropas de incultas y bárbaras naciones. Mas antes que comience á tratar del origen de esta apostólica Provincia, de sus primeros fundadores, y de sus primitivos conventos, fundaciones devotas y muy pobres de los primeros apóstoles de la observancia seráfica, sonoros clarines de la verdad evangélica, que resonando en las espesuras y breñas de este mundo occidental en las cunas de su conquista, triunfaron de la mentira, aclararon la confusion, desterraron su ceguedad, derribaron la idolatría é introdujeron la religion; será muy del caso, sin temor de que el crítico me censure, decir conforme al orden cronológico de mi intentada Historia, cómo se descubrió el reino de Michoacan, en cuyo distrito se estableció mi santa Provincia con el apostólico título que la ilustra y distingue de las demás, pues así lo requiere mi asunto principal. De la materia de este capítulo no hizo mencion la Crónica de Michoacan, acaso por no pare-

cerle necesario; pero hallando en el cronista general de estos reinos Antonio de Herrera y otros historiadores aunque de paso cosas muy especiales que conducen á esta historia, no me pareció defraudar á los lectores de tan curiosas noticias.

Despues de haber ganado el general Cortés la gran ciudad de Tenoxtitlan, México, solicitaba tener nuevas de otras provincias, y para esto remitió á un soldado que llamaban Villadiego, con algunos indios y cosas de rescate, con orden que reconociese las tierras comarcanas; pero ni él ni los indios parecieron más. A otro soldado, dicho Parrillas, á quien solia enviar para proveer de gallinas el ejército llevador de los moradores del pueblo de Matlaltzingo, tocó en la raya de Michoacan, y los indios se alegraron mucho de verle, tocándole con las manos como cosa nunca vista, representándoseles que muchos como aquel eran bastantes para sujetar mayores ciudades que México, y por señas y por el intérprete respondió á lo que le preguntaban, y se informó de la tierra de Michoacan, informándose si tenían plata y oro, y con alguna labrada que le dieron y dos indios que le acompañasen, se fueron á la presencia de Cortés muy contentos. Mandó los tratasen muy bien, y que los llevasen por todo el ejército, que hizo escaramucear delante de ellos, de que quedaron no poco espantados. Dióles algunas cosas

de Castilla, y por la lengua les dijo que los cristianos siendo tan valientes para sus enemigos, allí amparaban á los que se hacian sus amigos, y que presto les iria á ver y enseñarles cuán errados vivian en adorar falsos dioses, y en sacrificar hombres, y que se podian volver en buena hora á su tierra.

Mandó que los acompañasen algunos indios mexicanos, y recelándose de ellos los tarascos, admitieron por compañeros algunos tlaxcaltecas hasta llegar á su pueblo; de allí pasaron los tarascos á noticiar á su rey de todo lo sucedido. Determinó entónces el español caudillo descubrir esta tierra, y para ello escogió al soldado Montaña y á otros tres castellanos que tenia por hombres de discrecion y valor, y dándoles veinte señores indios que le acompañasen con un intérprete que sabia las tres lenguas mexicana, otomí y tarasca, les entregó muchas cosas de rescate, y les encargó que procurasen ver y hablar al rey, y tratar amistad con él, informándole de quién era el sumo Pontífice y el rey de Castilla, desengañándoles de muchas cosas en que estaban ciegos, y que por no haber querido los mexicanos recibir tanto bien, habia permitido el gran Dios de los cristianos que fuesen destruidos, como haria á todos los que los imitasen. Prometió á Montaña y á sus compañeros si concluían á satisfaccion su comision

trayéndole buenas nuevas de la tierra, de hacerles grandes mercedes; y luego, delante de ellos, dijo á los veinte señores mexicanos, que yendo con aquellos castellanos, que eran muy valientes y hermanos suyos, los guardasen y defendiesen, cuya accion no olvidaria, pues le pondrian en la obligacion de que en volviendo los haria mayores señores. Les encargó que en las demandas y respuestas tratasen con toda verdad, y que si se veían con el Rey de Michoacan, como testigos de vista, le contasen el poder de los castellanos y le insinuasen cuán bien le estaria darse él y los suyos por vasallos de tan grande Emperador como el Rey de Castilla.

Partieron, pues, todos juntos muy alegres, y caminaron cuatro dias, sin apartarse los unos de los otros. Llegaron cerca del pueblo de Tajimaroa, raya de Michoacan; y como los vecinos y señores de él tenian tan buen concepto de los castellanos por lo que los indios les habian dicho, les salieron á recibir el gobernador con muchos principales que le acompañaban y con gran concurso del pueblo, por ser el lugar grande. Abrazó á los cristianos, y despues aquellos señores indios, y les dió (como tienen de costumbre) á cada uno su ramillete de flores, que llaman *zuchitl*. Pararon un rato, y por el intérprete les dió el señor la bienvenida, diciendo que se holgaba

de Castilla, y por la lengua les dijo que los cristianos siendo tan valientes para sus enemigos, allí amparaban á los que se hacian sus amigos, y que presto les iria á ver y enseñarles cuán errados vivian en adorar falsos dioses, y en sacrificar hombres, y que se podian volver en buena hora á su tierra.

Mandó que los acompañasen algunos indios mexicanos, y recelándose de ellos los tarascos, admitieron por compañeros algunos tlaxcaltecas hasta llegar á su pueblo; de allí pasaron los tarascos á noticiar á su rey de todo lo sucedido. Determinó entónces el español caudillo descubrir esta tierra, y para ello escogió al soldado Montaña y á otros tres castellanos que tenia por hombres de discrecion y valor, y dándoles veinte señores indios que le acompañasen con un intérprete que sabia las tres lenguas mexicana, otomí y tarasca, les entregó muchas cosas de rescate, y les encargó que procurasen ver y hablar al rey, y tratar amistad con él, informándole de quién era el sumo Pontífice y el rey de Castilla, desengañádoles de muchas cosas en que estaban ciegos, y que por no haber querido los mexicanos recibir tanto bien, habia permitido el gran Dios de los cristianos que fuesen destruidos, como haria á todos los que los imitasen. Prometió á Montaña y á sus compañeros si concluian á satisfaccion su comision

trayéndole buenas nuevas de la tierra, de hacerles grandes mercedes; y luego, delante de ellos, dijo á los veinte señores mexicanos, que yendo con aquellos castellanos, que eran muy valientes y hermanos suyos, los guardasen y defendiesen, cuya accion no olvidaria, pues le pondrian en la obligacion de que en volviendo los haria mayores señores. Les encargó que en las demandas y respuestas tratasen con toda verdad, y que si se veían con el Rey de Michoacan, como testigos de vista, le contasen el poder de los castellanos y le insinuasen cuán bien le estaria darse él y los suyos por vasallos de tan grande Emperador como el Rey de Castilla.

Partieron, pues, todos juntos muy alegres, y caminaron cuatro dias, sin apartarse los unos de los otros. Llegaron cerca del pueblo de Tajimaroa, raya de Michoacan; y como los vecinos y señores de él tenian tan buen concepto de los castellanos por lo que los indios les habian dicho, les salieron á recibir el gobernador con muchos principales que le acompañaban y con gran concurso del pueblo, por ser el lugar grande. Abrazó á los cristianos, y despues aquellos señores indios, y les dió (como tienen de costumbre) á cada uno su ramillete de flores, que llaman *zuchitl*. Pararon un rato, y por el intérprete les dió el señor la bienvenida, diciendo que se holgaba

mucho de que á su ciudad y casa hubiesen llegado tan buenos huéspedes; que los atenderia y regalaria en cuanto pudiese, y que estuviesen ciertos de que él deseaba mucho conocer al capitán de los cristianos, porque veía que el poder de su señor era tan grande, que estando su persona tan léjos de México, con pocos criados y vasallos hubiese sujetado la más fuerte ciudad que en aquellas partes habia; y que tenia entendido que lo mismo podria haber de todos los demás reinos de aquella tierra; y que supiesen que desde aquel pueblo en adelante comenzaba el reino de Michoacan, sujeto á un gran señor, que era capital enemigo de los mexicanos; y que la tierra era grande, fértil y muy poblada de hombres muy diestros en el flechar; y que creía que aquel gran señor enviaria presto sus embajadores á su capitán Cortés, ofreciéndole su persona, casa y reino. Fué grande el contento que recibieron los castellanos al oír el razonamiento del Cacique de Tajimaroa, porque comprendieron que de tales muestras no se podia seguir otra cosa sino un próspero suceso. Respondieron al Cacique, que con el tiempo veria el gran valor de Cortés; y que él y sus compañeros conocerian el poder y grandeza del Emperador de los cristianos; y que llegándose á comunicar unos con otros, presto saldrian de los engaños en que habian vivido. Con

estas y otras pláticas urbanas de una y otra parte, todos muy alegres se encaminaron para la ciudad, la cual por la guerra con los mexicanos, aunque era muy grande, estaba cercada de corpulentos trozos de encina, cortados á mano, y parecia muy antigua. Tenia esta trinchera dos estados de elevacion y uno de ancho, la cual se renovaba siempre, sacando los trozos muy secos y metiendo otros recién cortados, para cuyo efecto habia maestros y peones dedicados exclusivamente, que no se ocupaban de otra cosa, y eran pagados por la república. Por dentro y fuera estaba dispuesta con tal igualdad y primor, que de cantería no pudiera ser mejor labrada. Desde que comenzaron á valerse de esta especie de fortificacion, por la victoria que alcanzaron sobre los mexicanos, llevaron la costumbre de quemar la leña vieja y seca que sacaban de la muralla solo en sacrificio de sus dioses. Hacian ciertas ceremonias cuando renovaban los maderos, significando que con el favor de sus ídolos se hacia aquel muro tan fuerte, que estaban seguros de que por él no entrarian los enemigos, y que á su abrigo saldrian ellos siempre victoriosos.

Entrados los españoles en el pueblo, fueron llevados á la sala del Consejo, donde les dieron de comer con abundancia, y les agasajaron, haciéndoles tan buen tratamiento, que causó es-

panto y admiracion á los castellanos; pero con todo eso, como expertos en la guerra, estuvieron en vela toda la noche, sin soltar las armas, para estar prevenidos en cualquier acontecimiento. El dia siguiente remitieron aviso á Don Fernando Cortés de todo lo que pasaba, y prosiguieron su camino para lo interior de Michoacan: gastaron en él seis dias, acompañándoles en cada jornada más gente de los pueblos comarcanos que al camino salia á ver á los que con tanta facilidad y valentía habian aniquilado todo el poder de sus enemigos los mexicanos.

No perdió tiempo el gobernador de Tajimaroa, pues desde el arribo de los españoles á su ciudad avisó al Rey y á los demás gobernadores de los otros pueblos por donde pasaban: envió pintados, en unos lienzos de *mell* ó pita tejida, á los castellanos, cómo iban vestidos y qué llevaban. Cuando llegaron á média legua corta de la ciudad de Itzintzuntzan, corte de aquella monarquía, para mostrar el Rey de Michoacan su poder y buena voluntad, mandó salir á recibir á los castellanos ochocientos señores principales, vestidos ricamente y de fiesta, que cada uno tenia diez ó doce mil vasallos, de modo que con la gente que se agregaba á esta gran multitud de vasallos, se cubrian los campos de innumerables tarascos. Llegados los castellanos á la capital, los

abrazaron con demostraciones de alegría y veneracion; y uno de los señores, que parecia ser de más edad y que representaba más autoridad, dándoles primero unos ramilletes de rosas, les dijo por medio del intérprete: « El grande y poderoso señor, cuyos súbditos somos, nos ha mandado que saliésemos á recibiros, y que os digamos de su parte que seais muy bien venidos, y que desde que llegásteis á Taximaroa os habia mandado particulares mensajeros á cumplimentaros; y ahora nos envia á manifestaros el contento que con vuestra venida á su corte tiene. Dijonos tambien, que en su gran ciudad seréis tratados como en la vuestra, donde os ruega reposeis y descanséis, y que os hace saber que os instruirá en lo que deseais entender de su reino para que deis cumplidas noticias á vuestro capitan, porque desea mucho su amistad y darse por vasallo del señor de los cristianos el Emperador y Rey de Castilla. »

Respondieron los castellanos en pocas palabras con demostraciones de urbanidad y cortesía, y los señores los guiaron á unos aposentos bien grandes y extrañamente labrados, que mostraban bien ser de tan gran príncipe. Los llevaron con gran ceremonia, en que manifestaron su buena crianza y respeto, y despues de un corto rato les pusieron las mesas, servidas con variedad de man-

jares sazonados á su modo, dándoles entretanto música con varios instrumentos que tenían para estas ocasiones, muchos y muy sonoros. Antes de comer, dice el alférez Montaña en su relacion, salió el Rey (con gran majestad) á verlos, y haciéndoles señal de paz, no les consintió llegar á él, y solo les dijo que reposasen y que luego volveria á hablarles despacio.

CAPITULO II.

LO QUE PASÓ A LOS ESPAÑOLES CON EL REY DE MI-
CHOACAN, QUIEN INTENTÓ SACRIFICARLOS,
PERO SE LO ESTORBÓ UN INDIO PRINCIPAL DE SU
CONSEJO.

Pasadas dos horas despues de haber comido los castellanos, vino el Rey á verlos con la pompa acostumbrada, y sin consentir que llegasen á él, les dijo por el intérprete, con gran muestra de severidad: « ¿Quiénes sois? ¿de dónde venis? « ¿qué buscais, viniendo de tan léjos? ¿por ven- « tura en la tierra donde nacisteis no teneis que « comer ni beber, y para esto teneis que venir á « ver y conocer gentes extrañas? ¿qué os hicie- « ron los mexicanos para que viniéseis á des- « truirlos y á arruinar su gran ciudad? ¿pensais « acaso hacer lo mismo conmigo? No, no, yo

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Edo. 1625 MONTERREY N. L.